

PROBLEMAS DE LA FAUNA Y LA GANADERIA EN AFRICA

ENTRE los diversos factores naturales, cuya transformación, en virtud de la acción colonizadora plantean mayor número de problemas de interés, figura, destacadamente, el de la fauna africana. El tipo de vida peculiar a sus poblaciones autóctonas, centraba en la fauna salvaje uno de los elementos primordiales de subsistencia, y en torno de la caza se han logrado sus más amplias manifestaciones costumbristas. Para el hombre africano, la fauna salvaje constituía el motivo impulsor de sus más destacadas actividades. En los últimos tiempos, la intensa renovación que el colonismo ha ejercido en el Continente, al provocar su extinción o traslado en amplias zonas, ha modificado grandemente la actividad y género de vida del hombre nativo, orientándole hacia la ganadería y la agricultura. El crecimiento de la población, y más aún su concentración en grandes aglomeraciones, ha provocado un aumento considerable en el consumo de productos animales, que hoy son suministrados por la ganadería y por la pesca. La importancia pesquera del litoral africano y de sus grandes lagos es considerable, y esas zonas determinan un tipo especial de poblaciones que alternan la agricultura con la pesca.

Los problemas que para el porvenir del Continente plantea la fauna, son múltiples, y todos ellos son merecedores de la máxima atención. No obstante, la resolución de muchos de ellos resulta difícil, entre otras razones, por el incompleto conocimiento que se posee de su fauna, aun a pesar de las múltiples campañas de investigación que se han realizado en los últimos lustros. Es posible afirmar que, Africa, en el aspecto de su fauna, está aún en la fase de análisis, mientras que en los otros Continentes se procede ya a las síntesis.

En Africa, la vida de la mayoría de sus poblaciones está estrechamente ligada a sus recursos animales. La fauna salvaje, y la gana-

dería, han constituido siempre los elementos básicos para la supervivencia de grandes núcleos humanos.

Con relación a los problemas sociológicos que plantea la población animal, es preciso diferenciar las condiciones de vida entre las agrupaciones humanas del Africa Menor y las del resto del Continente. La vida de las poblaciones norteafricanas está ligada, fundamentalmente, a la ganadería, que determina, entre otras facetas, la aparición del nomadismo.

En Africa del Norte, el seminomadismo existe junto al verdadero nomadismo. Desde hace tiempo, por ejemplo, los Ulad Daud, del Aurés (Argelia), tienen la costumbre de pasar cada año algunos meses en sus casas de la llanura, entre Medina y Tahammant, pero viven el resto del tiempo bajo su tienda, desplazándose con sus rebaños.

Los bereberes, que viven en el Atlas, se muestran nómadas naturales, en los distritos que no se prestan al cultivo, es el caso de los Zenagas, que se desplazan entre el Senegal y el Adrar, y los Tuaregs, que emigran en las regiones centrales del Sáhara. Los territorios en que la vegetación es próspera, pertenecen a las poblaciones estacionarias, las estepas del Sáhara, a los nómadas. Bernard señala que Marruecos, que recibe más lluvias que Argelia y Túnez, cuenta con menos nómadas que el resto de Africa del Norte. Los habitantes de los distritos montañosos septentrionales son, generalmente, estacionarios. En el Atlas central, y en el alto Atlas, los bereberes son, parcialmente, nómadas. El nomadismo, en estos territorios, recuerda a la trashumancia alpina. Los Beni Mguild, por ejemplo, bajan del Atlas en otoño.

Como sucede con la mayoría de las regiones mediterráneas, el Norte de Africa no es muy favorable para la cría de reses mayores, siendo, por el contrario, particularmente apto para el desarrollo de ganados más sobrios: lanar, mular, asnal y caprino, que se acomodan mejor a los pastos de estos territorios, pobres por la escasez de agua, que determina una vegetación dura, impropia para animales exigentes. En las regiones regadas más abundantemente, especialmente en el Tell argelino y en determinadas comarcas al Norte del Atlas, la creación de praderas artificiales ha producido excelentes resultados en la cría de ganado bovino y caballar, de los que sólo en el primero de los territorios citados existe más de millón y medio de cabezas. El ganado lanar alcanza una importancia primordial en la vida de las tribus argelinas. Los 18 millones de ovejas y cabras que existen en

el país constituyen la base de su vida indígena. Otro tanto sucede en Túnez, que cuenta con más de siete millones de ambos tipos de ganado, únicos capaces de amoldarse a las regiones esteparias que se extienden entre el Chott, el Yerid y los montes de Zeugitana.

Fuera de los límites del Africa Menor, los pueblos cazadores presentan un factor primordial en su sociología. La vida se rige en ellos acondicionada por la presencia de una fauna abundante, y todas las modificaciones que sobre ésta se ejercen artificialmente, repercuten, inmediatamente, sobre los pueblos negros cazadores. El antílope negro y el couaga, desaparecidos hacia el final del siglo XIX, constituían la base alimenticia de los pueblos del Africa meridional. El último hubiera podido alcanzar gran importancia de no haber sido exterminado por el hombre blanco, puesto que se domesticaba fácilmente, se cruzaba con la yegua y era inmune al contagio por la mosca *tsé-tsé*. Desaparecidos los animales, en que basaban su vida esos pueblos primitivos, han quedado diezmados.

Así, por ejemplo, el elefante era uno de los elementos imprescindibles en la alimentación de los bosquimanos. Su caza la practicaban excavando grandes fosos, que cubrían con ramas ligeras, de tal modo, que el elefante, al pisarlas, cayera hacia el interior. Para la caza del avestruz, los bosquimanos se disfrazaban, llevando la cabeza de uno de estos animales sobre la suya e imitando sus actitudes, hasta que lograban tener el rebaño al alcance de sus flechas. Todas estas complicadas técnicas de caza indican una experiencia milenaria dedicada al progreso de lo que para esos pueblos constituía la más fundamental de sus actividades.

Así sucede entre los bosquimanos y hotentotes. El carácter del suelo determina sus formas de caza primitivas. Considerando el conjunto de los bosquimanos como cazadores, Febvre indica que son también recolectores. «Se entregan únicamente a la caza de bestias salvajes, y sólo cuando ésta es infructuosa, se dedican a la recolección.» Muchos pueblos bosquimanos han sido siempre cazadores, pero la disminución gradual de la caza mayor, exterminada por el hombre blanco, ha provocado un cambio radical en sus condiciones de vida, lo cual, simultáneamente, ha tenido como consecuencia el que una gran masa de sus individuos, imposibilitados de acomodarse a las nuevas exigencias, hayan perecido. Aunque no es posible determinar exactamente el número de quiénes han sucumbido víctimas de esta

modificación ocurrida en el medio natural, su cifra ha sido, en todos casos, muy considerable.

En la III Conferencia de Africanistas (C. I. A. O.), celebrada en Ibadan, se trató detenidamente el problema de las perturbaciones ocurridas a las masas de población negra, al ser sometidas a un régimen de alimentación no habitual en ellas. La experiencia demuestra que el negro se depaupera cuando cesa de comer, a todas horas, los alimentos más variados, entre los cuales la caza es fundamental. Esto explica el hecho de que algunos pueblos africanos, que desde hace largo tiempo adoptaron la agricultura y la ganadería, continúen cazando, como es el caso de los shiluk, que cazan hipopótamos, aunque cultivan mijo y crían ganado. Aun a pesar de las grandes molestias y de arriesgar la vida en dilatadas excursiones, siguen practicando la caza del hipopótamo, cuya carne les resulta necesaria.

Aquí se comprueba, claramente, las trascendentales consecuencias de la persecución a las faunas, que ha llegado, en ocasiones, a su total exterminio. Amplias comarcas han visto así desaparecer su fauna típica, de la que tan sólo se conservan algunos residuos en las «reservas de caza», como en el Kruger National Park, entre Mozambique y Transvaal, donde viven cerca de un millón de animales, entre los cuales abundan los leones, elefantes, rinocerontes, hipopótamos, leopardos, jirafas, búfalos, cebras y antílopes que han desaparecido casi totalmente de los territorios limítrofes.

El progreso de la civilización, arrinconando a la fauna en reducidos islotes, y provocando la desaparición de animales salvajes, en especial de grandes rebaños de herbívoros, empobrece los recursos alimenticios de las poblaciones indígenas. La lucha contra la enfermedad del sueño, encuentra entre sus especialistas partidarios de la destrucción absoluta de los reservorios de trypanosomas, esto es, el exterminio de la fauna salvaje. Es posible esperar que el tratamiento de los ganados por la antrácida permita el abandono de estos proyectos que, como todos los que entrañen una modificación violenta y artificial de la naturaleza, pueden provocar intensos trastornos en el porvenir de sus pueblos indígenas.

Reducida en amplias proporciones la fauna salvaje africana, la ganadería ha adquirido un valor considerable en los más diversos territorios. Constituye un recurso económico, de gran volumen al propio tiempo que un elemento fundamental para la alimentación indígena. En virtud de todas estas condiciones, la ganadería ha pasado a ser

la mayor fuente de riqueza de muchos países africanos, y el medio normal de vida de una gran parte de sus habitantes. En los programas estatales de los gobiernos africanos —como, por ejemplo, en el Ten Year Development Plan, de Rodesia del Norte, o en el Plan Decenal del Congo Belga— el fomento de la ganadería constituye un factor importante. Así, para evitar los daños que las sequías ejercen sobre los rebaños, los servicios técnicos han extremado su atención, estudiando la conveniencia de utilizar parte de las reservas forestales y dirigir a los sectores en que el pastoreo es más seguro, los ganados de las regiones, víctimas normales de la sequía. Como complemento a estos reservorios naturales de pastos, se ha incrementado el cultivo de diversas plantas, entre ellas el cactus, inerte en las regiones septentrionales, de propiedades apreciadas por los ganados. La creación de amplias redes de consultorios ganaderos, hoy muy extendidos en el Continente, el establecimiento de paradas sementales, la labor de ayuda y orientación de las granjas oficiales, el establecimiento de depósitos de forrajes para casos de emergencia, la inspección veterinaria obligatoria, etc., son algunos jalones de esta intensa vigilancia que los gobiernos africanos establecen para estimular la prosperidad de tan considerable fuente de riqueza. Algunos de sus problemas principales han sido examinados con reiteración por la Organización para la Cooperación Técnica Africana (O. C. T. A.). Así, en 1947, en Loreço Marques, había examinado los medios de combatir la tripanosomiasis animal, y en octubre de 1948, celebró reuniones en Nairobi, para el estudio de la peste bovina.

El constante aumento de los ganados en los países africanos, es un fenómeno que alcanza su mayor importancia al compararlo con el estancamiento de la ganadería europea. En ese aspecto las razones que han favorecido su auge radican en la desaparición de múltiples obstáculos que se oponían a su expansión en extensas zonas ecuatoriales y tropicales, entre los cuales las epizootias que diezaban los ganados constituían el principal de ellos. El descubrimiento de productos antiparasitarios representa el avance más importante en el progreso de la ganadería africana.

Un índice del rápido crecimiento de la ganadería lo constituye el territorio francés, al norte de Tchad, cuya riqueza ganadera se estima en 1.314.000 bovinos, 1.046.000 ovinos, 46.000 caballos, 89.000 asnos y 92.000 camellos. Estas cifras representan casi una duplicación en los últimos lustros de los primitivos efectivos del país. También en

Sudáfrica la ganadería ha experimentado en pocos años un vertiginoso incremento, viniendo a ser hoy una de las más considerables del mundo, en cuanto a su número, al propio tiempo que sus productos derivados constituyen uno de los más importantes capítulos de su exportación, entre ellos de modo singular, la lana. El fortalecimiento del mercado lanero mundial, como consecuencia de la economía de guerra, el aumento de la demanda de este producto, el hecho de que los stocks mundiales de lana en la actualidad sólo son suficientes para abastecer el mercado durante tres o cuatro meses, cuando, normalmente, bastaban para medio año, son hechos que han puesto de relieve las autoridades sudafricanas para incrementar aún más las cifras de los efectivos ganaderos de esos países. En ese aspecto hay que señalar que en 1949 la Unión Sudafricana ocupaba el cuarto lugar mundial de la exportación de lana, por un valor de 207 millones de libras. Importante es, asimismo, la ganadería malgache —que se cifra en seis millones de cabezas—, la cual, a la par que abastece el mercado del país y exporta a la metrópoli considerables efectivos, ha dado origen a una floreciente industria conservera, en Tamatave, Majunga y otros lugares de la gran isla, de gran valor para su economía.

Este auge ganadero que se aprecia en Africa, hemos indicado anteriormente que tiene su valor más expresivo en el alejamiento de los azotes epidémicos que sobre ella pesaban. El descubrimiento de preparados para combatir las diversas plagas ejerce en ello una influencia trascendental.

Las tripanosomiasis constituyen una de las epizootias más extendidas, y cuyos efectos son más dañinos. Hasta el momento actual el progreso de la ganadería se cifraba, en las comarcas afectadas, solamente en la cría de especies mayormente resistentes a sus ataques, o en la adopción de nuevas técnicas susceptibles de disminuir los estragos. Así con la introducción de la inseminación artificial las granjas tratan de reducir al mínimo las antes cuantiosas pérdidas producidas por los *Trichomonas*. En la Guinea portuguesa existe medio millón de cabezas, la resistencia de cuyos bovinos a las tripanosomiasis representaba un factor zoo-económico de suma importancia.

Este panorama que ofrecía Africa se ha visto radicalmente modificado por la introducción de medicamentos, destinados a combatir y prevenir las epidemias animales. Un hecho que hay que destacar, en primer término, es la considerable extensión que en los últimos años ha alcanzado en Africa el empleo de diversos productos anti-

parasitarios, con ánimo de reducir la importancia de los estragos ocasionados por las epizootias.

Actualmente, la antracida constituye un factor de progreso sin precedentes. Su acción sobre el ganado atacado de trypanosoma es, a la vez, curativa e inmunizadora. El empleo de este medicamento ha de permitir extender la ganadería a zonas del Continente, vedadas hasta hoy. De tal modo, Africa vendría a ser, con palabras de J. P. Harroy, «el primer proveedor de carne del planeta». El alza constante del censo ganadero permite considerar esa realidad, puesto que ya, actualmente, se han alcanzado cifras que pudieran considerarse fabulosas hace pocos años.

En estrecha relación con este hecho comprobado, se halla el problema de si el aumento ilimitado de la ganadería no ha de provocar una ruptura en el equilibrio natural del Continente. Es preciso considerar que su incremento ha de implicar el aumento de la superficie de pastos necesaria para su alimento, que en muchos casos habría de conseguirse con detrimento de un factor natural, como es el bosque. Aunque Africa tiene necesidad simultánea de ganadería y agricultura, no hay que olvidar que en este problema complejo se integran otros diversos elementos: bosques, agua, suelo. La decidida alteración de las constantes naturales de cualquiera de estos elementos, puede provocar rupturas de equilibrio de signo negativo.

Paralelamente a estos factores de orden puramente natural, actúa el de la interpretación humana de los mismos, nacida de una modalidad sociológica distinta. Un gran africanista, Th. Monod, expresa así este concepto: «Allí donde el ganado está considerado como signo de riqueza ante todo, con gran importancia religiosa o ritual e independiente de todo valor de utilización, asistiremos a una pululación de animales inútiles.»

Es por ello por lo que el estudio científico de los problemas derivados del incremento de la ganadería africana ha de reclamar la máxima atención como eje directriz de su expansión. Se hace preciso determinar rigurosamente las zonas y comarcas en las que su aumento no ha de provocar rupturas desfavorables de equilibrio; establecer los límites reales de incremento y señalar los rebaños, cuyo crecimiento numérico es susceptible de ser equilibrado por un consumo que no deje excedente inútil.

Por otra parte, si el uso de los insecticidas que se han generalizado en gran escala, ha logrado resultados muy satisfactorios, que

permiten mirar con optimismo el porvenir de las ganaderías africanas, no debe olvidarse, tampoco, que en estrecha conexión con la acción de estos productos se provocan una serie de efectos muy diversos, cuya naturaleza específica es tan variada que es posible llegar a pensar hasta qué extremo su empleo continuado es capaz de modificar profundamente los equilibrios naturales, favorables o desfavorables a la conservación de los recursos.

Así planteado el problema, las consecuencias de tipo negativo, observadas por el empleo de productos antiparasitarios —estudiadas por la Asociación Internacional para la Protección de la Naturaleza (Unesco)—, pueden resumirse en los siguientes apartados:

a) *Acción que ejercen sobre los ganados.*—Bajo este epígrafe se incluyen todas aquellas molestias orgánicas que se observan en ellos como consecuencia de los nuevos tratamientos y que, en ocasiones, son tan intensas que perjudican notablemente tanto al animal en sí como a la calidad y cantidad de los productos que de ellos se benefician. Se ha comprobado, por ejemplo, que la acumulación de D. D. T. en los tejidos de las reses vacunas ejerce una neta acción desfavorable sobre los productos lácteos suministrados por las mismas.

b) *Peces.*—Es un hecho experimental que en determinadas comarcas sometidas a la acción de los productos antiparasitarios, se advierte una notable disminución de la pesca. La acción directa de estos productos sobre determinadas especies de peces es catastrófica y supone el exterminio de las mismas.

c) *Insectos.*—La destrucción de los insectos transmisores de parásitos determina simultáneamente la desaparición en las comarcas afectadas de gran número de insectos útiles, por extenderse también a ellos la acción de los preparados utilizados. Esto ocurre, particularmente, con las abejas. Se crea de tal modo un obstáculo al desarrollo de los vegetales de fecundación entomófila. Paralelamente, se provoca en muchos casos una proliferación anormal de insectos perjudiciales, a consecuencia de la destrucción de sus predadores.

d) *Animales insectívoros.*—La acción de los productos antiparasitarios provoca la muerte de insectos nocivos; repercute sobre aquellos animales que se alimentan de los mismos. La ingestión de los insectos atacados hace pasar a su organismo

cantidades considerables de tales productos, provocando su muerte o enfermedad. Al propio tiempo, la desaparición de insectos de una comarca lleva consigo, forzosamente, la sumisión al hambre y la necesidad de emigración de gran número de pájaros insectívoros y otros animales, creándose así una amplia variación en su fauna.

Todas estas variadas observaciones, resumidas anteriormente, permiten establecer que, si bien no es posible detenerse en la lucha antiparasitaria, cuyos favorables resultados son bien visibles, no obstante debe restringirse su uso a aquellos casos de eficacia comprobada experimentalmente; es decir, en aquellas circunstancias en que la acción del producto no altera el equilibrio del medio natural, evitando, de tal forma, que la desaparición de un obstáculo lleve en sí, inmediata o gradualmente, la manifestación de otras perturbaciones que actúen sobre la vida humana y animal de esos territorios. La comprobación científica previa de los fenómenos que se desarrollan en una comarca sometida a la acción intensa de productos antiparasitarios, debe condicionar todo empleo de los mismos.

JULIO COLA ALBERICH

CRONICAS

